

Giorgio Agamben, *¿Qué es un dispositivo? seguido de El amigo y de La Iglesia y el Reino*, Trad. Mercedes Ruvituso, Anagrama, Barcelona, 2015. 66 páginas.

Por Azaray Calmaestra Fernández.



El presente libro recoge tres artículos de Giorgio Agamben publicados entre los años 2006 y 2010. Si bien el grueso de la publicación la compone el artículo titulado “¿Qué es un dispositivo?”, el libro nos invita a explorar otros aspectos de la obra de Agamben a través de “El amigo” y “De la Iglesia y del Reino”. ¿Qué relación guardan entre sí estos ensayos? Más allá de la mano que los ha escrito da la sensación de que el libro se limita a ofrecernos tres facetas del fecundo autor. La ausencia de una introducción que nos sirva para comprender la selección de dichos artículos no nos ayuda a desprendernos de dicha sensación. De hecho, en un

primer momento podría pensarse que el libro es el fruto de una selección de ensayos hasta la fecha no traducidos. Sin embargo, el autor va dibujando al final de cada discurso la imagen de una sociedad en declive que invita a sus miembros a una vida de sufrimiento. Así, a través de estos tres artículos Agamben analiza sendos conceptos clave para comprender la perversidad del presente y, también, para pensar la posibilidad de un futuro mejor: la noción de dispositivo, la amistad y la iglesia. A partir de dicha consideración podemos apreciar el libro en su conjunto de dos formas: el libro es un modo, tan bueno como cualquier otro, de adentrarse en algunos de los tópicos que recorren su obra; o bien, el libro nos propone un recorrido a través de los tres conceptos clave desarrollados por el autor para comprender el presente. Con arreglo a esta segunda lectura, más que ofrecer una selección de artículos que profundicen en un aspecto de su obra lo que se nos propone es una invitación a pensar, desde diversas perspectivas convergentes, con la filosofía de Agamben.

En “¿Qué es un dispositivo?” Agamben se pregunta por un término tardío en la obra de Foucault, pero que supone uno de los pocos términos de carácter universal que el autor llegó a reconocer, y que rastrea desde la noción de positividad en Hegel. Agamben nos invita a recorrer el despliegue del término foucaultiano mediante un tipo de estrategia hermenéutica habitual en sus escritos. En primer lugar, introduce el término desde el propio Foucault, después realiza una genealogía del mismo desde la propia obra del autor y desde un contexto más amplio, en este caso la noción de economía en la teología cristiana. Una vez trazada la genealogía del término, Agamben va más allá del análisis etimológico y comienza a analizar el presente desde la potencia del mismo. Así, comienza replanteando el término para, después, analizar la problemática situación del presente, las posibles estrategias para revertir dicha solución y, finalmente, esbozar la vía a seguir.

El propio Foucault definió el término “dispositivo” como “un conjunto de estrategias de relaciones de fuerza que condicionan ciertos tipos de saber y son condicionados por él” (p.10), esto es, como una suerte de mecanismo que sirve para alterar el estado de cosas de un ámbito en un momento determinado. Agamben generaliza su planteamiento ofreciéndonos la siguiente definición: “llamaré dispositivo a cualquier cosa que de algún modo tenga la capacidad de capturar, orientar, determinar, interceptar, modelar, controlar y asegurar los gestos, las conductas, las opiniones y los discursos de los seres vivientes” (p. 23). Ello le permite reducir ontológicamente el mundo a seres vivientes (sustancias en sentido aristotélico) y a dispositivos que atrapan constantemente a las sustancias.

Para Agamben los dispositivos implican un proceso de subjetivación que termina por generar su propio sujeto. He ahí donde radica el potencial y el peligro que encierran los dispositivos, pues no se limitan a ofrecernos la posibilidad de alterar el estado del mundo, sino que terminan por convertirse en parte de nuestra subjetividad o, más bien, por configurar a los propios sujetos. Ahora bien, el problema surge cuando el capitalismo del siglo XX llena de dispositivos todos los ámbitos de nuestra existencia cambiando las formas de subjetividad fuertes o duras por formas larvadas, fantasmagóricas, en las que lo más característico es la docilidad de los seres vivientes. La actual diseminación de dispositivos por todas partes

termina por crear subjetividades tan escindidas que Agamben dirá que en la fase actual del capitalismo los dispositivos más que suponer procesos de subjetivización generan procesos de desubjetivización. Bajo tales condiciones, a fuerza de ser tantas cosas distintas, constantemente terminamos por no saber que somos, terminamos por no ser absolutamente nada. Frente al obrero y al burgués del pasado siglo, el millennial es el referente del capitalismo actual; una existencia hedonista sostenida por un consumo constante de artefactos que ocupan nuestra vida a cambio de nada: la televisión, el smartphone, las tendencias, el fenómeno fan o el *merchandising* son dispositivos que generan identidades débiles que más que configurar una biografía sirven para ocupar breves momentos de nuestra vida que pronto se olvidan y renuevan en un ciclo sin fin.

Parece que la situación es crítica y Agamben se pregunta si podemos hacer algo al respecto. Su respuesta es vacilante, no obstante esboza una posibilidad a través de la contraposición entre sacrificio y profanación. Si el sacrificio en el ámbito teológico es el dispositivo mediante el que se paga el peaje para que algo pase de la esfera de lo profano, del mundo corriente, a lo sagrado, la esfera apartada de lo mundano; la profanación sería el contradispositivo que permitiría devolverle al mundo corriente aquello arrebatado. Así, según el autor, el capitalismo llevaría al extremo los procesos de separación con el agravante de que en la actualidad ese momento de separación supone la asunción/adquisición de nuestra identidad. Es decir, la actividad de los dispositivos se interioriza y se asume como vivencia, como parte de la normalidad, creando sujetos dóciles y, por tanto, impotentes políticamente. ¿Cómo podemos profanar algo que ni siquiera percibimos que hemos perdido? ¿Cómo vamos a percibir la jaula cuando hemos sido criados en cautividad?

El problema no es baladí. Agamben ni siquiera es capaz de esbozar una salida a este atolladero; propone el dispositivo de la profanación como estrategia de resistencia que actúa sobre los procesos de subjetivación y los dispositivos, pero no nos dice nada sobre como llevarlo a cabo. No plantea como se habrá de configurar la acción política para luchar contra los dispositivos de gobierno.

Tras la lectura del artículo nos invade una sensación agri dulce: por una parte ofrece una lectura muy interesante tanto de la obra de Foucault como sobre el

presente, en consonancia con otros análisis de la sociedad de consumo que proponen autores como Bauman o Lipovetsky, pero por otra nos deja con la miel en los labios cuando trata de concretar la estrategia a seguir para salir de esta situación. Además, cabe preguntarnos si el análisis de Agamben no será demasiado pesimista. Tras la lectura quedan demasiados interrogantes sin resolver: ¿Es la ciudadanía menos dócil que en el pasado? ¿Todo dispositivo responde a una forma de poder o puede, de algún modo, ser reapropiado? ¿La estrategia a seguir debe partir del individuo, de la colectividad, de la intersubjetividad?

En el siguiente artículo del libro, “El amigo”, se recoge una versión de una conferencia del autor en la que nos insta a reflexionar sobre la relación entre la filosofía y la amistad. Según el autor la amistad no es un término descriptivo sino, más bien, prescriptivo. Es decir, cuando decimos que alguien es nuestro amigo, no estamos incluyéndolo en una clase consistente, sino que estamos realizando un acto de habla similar al que realizamos cuando insultamos a alguien. Esto se debe a que el término funcionaría de forma similar a un nombre propio, ya que nos serviría para referirnos a un ente pero sin prescribir nada sobre dicho ente. Es precisamente esta característica de la amistad la que le sirve a Agamben para construir su discurso, ya que el amigo se caracterizaría por ser alguien tan cercano a nosotros que nos resultaría imposible inscribirlo como “algo”. Por tanto, la amistad no es ni una cualidad ni una propiedad de un sujeto.

335

Junio
2017

Por referencia a un pasaje de la *Ética nicomáquea*, la amistad se presenta como una sensación ligada a la existencia y que es característicamente humana. Esta sensación tiene forma de un con-sentir la existencia de un amigo, de tal modo que nuestra sensación de ser está fragmentada, pues se parte y se comparte constantemente con el amigo. De tal forma que la categoría de amigo tiene tanto una dimensión ontológica, ese co-existir, como política, pues el ser se funda en la comunidad de un yo que no puede sentirse de forma aislada. Lo que funda la política es, precisamente, esta partición sin objetivo, este con-sentir original.

Agamben concluye su análisis haciéndonos reflexionar sobre el viraje que ha sufrido la política de las democracias actuales, cuyo ideal ha dejado de ser esta sinestesia política para convertirse en el consenso. Y, de nuevo, Agamben vuelve a

señalar un problema del presente con difícil solución. Parece complicado que la amistad vuelva a ser un fundamento político, cuando nuestra existencia está cada vez más atomizada y es más individualista. Pero también cabe pensar que la conexión que nos permiten las nuevas tecnologías posibilite un con-sentir de otro orden que sirva de soporte para una política capaz de asumir el presente. Agamben no se pronuncia al respecto, limitándose a indicar, de nuevo, un asunto fundamental para comprender el mundo que nos rodea.

Finalmente, el libro cierra con otra conferencia, “La iglesia y el Reino”, donde reflexiona sobre la deriva actual de la iglesia católica en relación con la pérdida del peso de la *paroikía* en las instituciones católicas actuales. Siguiendo a Agamben podemos definir la *paroikía* como el alojamiento como extranjero, esto es, la forma en la que el cristiano ha de habitar el mundo y de vivir el tiempo mesiánico. En tanto que la primera venida de Cristo supuso el comienzo del fin de los tiempos, la *paroikía* designaría la situación en la que el cristiano, y por tanto, la iglesia, habita el mundo a sabiendas de que su fin es inminente y de que vendrá el Juicio Final. Esta forma de estar en el mundo, de vivir, en cierto modo, en un tiempo prestado que no es el propio, implica una forma especial de vivir el tiempo y que sería la característica de la Iglesia. Mientras que el tiempo cronológico se vive de forma pasiva, como un tiempo que pasa por delante nuestro sin poder aferrarnos a él, el tiempo mesiánico, el tiempo que queda entre la venida del mesías y el fin de los tiempos, es un tiempo operativo en el que nosotros mismos somos. El tiempo mesiánico supone vivir revocando toda vocación que podamos tener, de tal modo que habitemos el mundo como extranjeros, como si pudiésemos renunciar en cualquier momento a lo que somos o a lo que nos dedicamos ya que el fin de los tiempos, el fin de todas las cosas, está por llegar. Para Agamben, esta forma de habitar el mundo es la que ha de caracterizar a la Iglesia pues permite mantener la tensión entre las dos fuerzas que se oponen en la historia. Por una parte, aquella que retiene y difiere el fin a lo largo del curso lineal del tiempo cronológico; por otra, aquella que pone en tensión el origen y el fin, interrumpiendo y cumpliendo el tiempo. A la primera la conocemos por Ley o Estado y está volcada en la economía, el gobierno infinito del mundo; a la segunda, la conocemos por Iglesia o mesías y su economía de la salvación es constitutivamente

finita. Según Agamben, una comunidad humana puede sobrevivir sólo si estas dos polaridades están copresentes y se mantienen en una tensión dialéctica.

Precisamente, en el presente esta tensión se ha agotado a favor del imperio de la economía, del capitalismo, y a una hipertrofia del derecho que inundan todos los aspectos de la vida y anulan toda forma de legitimidad, atravesando y confundiendo las relaciones humanas. Agamben concluye aseverando que la Iglesia, al perder la noción del tiempo mesiánico, se ha convertido en una institución más que ha decidido dejarse llevar por la espiral de perdición a la que están siendo arrastradas el resto de instituciones y gobiernos.

Como podemos ver, la conferencia de Agamben plantea la venida de un Apocalipsis secular en forma de modernidad. Si bien su planteamiento propone un viraje de la Iglesia católica a sus raíces desde un discurso teológico, su análisis del presente parece un tanto exagerado. Puede que las instituciones y los gobiernos se hallen en plena crisis de legitimidad, pero no parece que eso vaya a desembocar en el fin de los tiempos, ni parece que la solución de dicha crisis se fundamente en la reforma integral de la Iglesia católica.

337

Tal y como planteábamos al inicio de la reseña, el libro de Agamben puede tomarse como una compilación de tres textos del autor, o como una obra que recoge tres de los ámbitos que ocupan un mayor interés en la obra del autor: el biopoder, la comunidad política y la experiencia religiosa a través de tres crisis que conforman el estado de la sociedad actual. *¿Qué es un dispositivo?* es un libro corto y sencillo que nos permite acercarnos con facilidad a unos de los pensadores más interesantes de la escena filosófica europea.

Junio
2017